

Enza GARZCIA ARREAZA  
(De *Plegarias para un zorro*, 2012)

### Plegarias para un zorro

*Tú ignoras el gran prestigio que tienen los seres del aire.*  
--José Watanabe

A Leonardo González Alcalá

I  
Los padres de Shadi Mansfield eran católicos y lo obligaban a rezar todas las noches antes de ir a la cama.

–Mamá, cuéntame la historia de mi nombre.

–Te la ha contado muchas veces –reparaba el señor Mansfield desde un rincón.

–No me acuerdo.

Entonces la madre de Shadi asentía y le explicaba que su nombre se traduce como “el canto de los pájaros” en la lengua de su abuelo, un granjero libanés que había cruzado el mar hasta donde iba a morir el sol.

Los padres de Shadi tuvieron que abandonar el país, una mañana en que se pensaba casi cualquier cosa: el silencio de quien duerme tiene raíces en la lluvia, pero la lluvia se ha acostumbrado a arrasar aldeas. Al final, solo queda un silencio que siembra ruinas en el día. Al señor Mansfield lo buscaban por haber dicho la verdad en un tribunal: de modo que la embajada japonesa, apiadándose de él –en nombre de antiguos servicios– lo envió a la ciudad *de* Hokusai con la excusa de dar clases en la universidad más grande del país. Así fue como Shadi se mudó a la gran isla y se hizo amigo de Kitsune.

II

Kitsune era una niña que olía a hojas húmedas por el rocío. ¿O era, mejor dicho, el aroma de la hierba cuando la cortan? En la ciudad *de* Hokusai quedaban menos bosques que hacía cien años, pero ella los conocía todos. Estaba muerta. Había caído en un pozo una tarde de verano. Sus padres la lloraron tanto que la vida se hizo grumosa como un largo sueño de otoño y también se murieron.

Shadi se vio abatido cuando llegó a la ciudad. Las casas eran extrañas y la gente en la calle se detenía a mirarlo: al parecer, nunca se habían topado con un niño con los ojos amplios y brillantes como los primeros astros del crepúsculo. Su mejor idioma era el español, el idioma con el que leía cuentos y jugaba con sus amigos. Su madre había dejado de hablar árabe tiempo atrás, cuando quedó huérfana; y su padre solo hablaba inglés cuando trabajaba. Ahora Shadi debía aprender un idioma nuevo y estaba triste. Al señor Mansfield le tomó varias semanas encontrar un colegio adecuado, hasta que finalmente llegó a un acuerdo con un instituto para niños extranjeros, cerca de un jardín donde las señoras iban en las tardes a tomar té.

En la ciudad *de* Hokusai era normal que los niños caminaran solos de la casa al colegio y del colegio a un parque. Para la madre de Shadi esto no fue bueno al principio: en el país que habían dejado atrás era usual que a los niños les sucedieran cosas terribles si los adultos no prestaban toda su atención: alguien cometía un secuestro y pedía mucho dinero a cambio. Como aquella familia libanesa que perdió cuatro herederos una tarde de abril. Pero la señora Mansfield entendió que en Hokusai tenía permiso para ser ingenua. Algunas heridas, si huelen que el aire es bueno, se apresuran en cerrarse. Así, una mañana del primer invierno, permitió que Shadi hiciera solo aquel recorrido.

Pero a Shadi no le gustaba el invierno. Nunca le gustaron esas historias donde la nieve era la redención de algún poeta, qué tontería. Los pájaros oscurecían de pronto y el polen no engendraba las criaturas de la luz.

## III

Una tarde que volvía a casa, Shadi se detuvo a mirar a las señoras que tomaban el té en el Jardín de Koan. El invierno no parecía perturbarlas; tampoco a las adolescentes que jugaban con sus gatos. Alguna curiosa se acercaba para preguntarle de dónde había salido con esos ojos de animalito triste *venido del Oeste*. Pero Shadi, aunque empezaba a entenderlas, respondía en español y ellas se daban la vuelta con un mohín burlón y despiadado.

El Jardín de Koan en realidad era la entrada de una reserva de árboles en el centro urbano. Se trataba de un bosque de coníferas, castaños, ciruelos blancos, uno que otro abedul, fresnos y arces. También había bambúes, lógicamente. Con la floración de los cerezos aumentaban las visitas y era enojoso para los residentes de la prefectura: gracias a los dioses el resto del año se mantenía la bella calma detrás de sus muros. Un vigilante le advirtió a Shadi que no cruzara la cerca que separaba al jardín principal del resto del complejo, pero una niña, que se ocultaba entre unos pinos rojos todavía muy jóvenes, lo llamó con terquedad.

Shadi esperó el momento justo y caminó hacia los pinos. La niña usaba un viejo abrigo de lana y unos zapatos sin trenzas.

–*Kon'nichiwa, o genkidesu ka, Tori no nakigoe-san?*

–Yo estoy bien, gracias. Pero no sé qué significa *Tori no nakigoe*... –confesó, bastante convencido de que la niña no lo entendería.

–*Tori no nakigoe* es como decimos “el canto de los pájaros”.

–¿Tú hablas español?

–No. Pero tú crees que hablo español.

–No entiendo.

–No importa.

–¿Cómo te llamas?

–Kitsune.

–Como zorro.

–No. Como *espíritu de zorro*.

–Tus zapatos son muy viejos. Tu abrigo también.

–A mí no me molesta.

–Si quieres quédate con mi abrigo. La noche se pondrá helada.

–¿Por qué te preocupa el frío?

–Eres una niña.

–Pero a mí no me hace daño el frío.

–¿Y tu mamá?

–Inari dejó que se fuera.

–No sé quién es Inari.

–Deberías saberlo. Ya tienes dos estaciones viviendo en Hokusai.

–Bueno. Me tengo que ir. ¿Vendrás mañana?

–Sí. Mañana jugaremos *Kitsune-ken*.

## IV

Cuando Shadi llegó a casa se encontró con su madre afligida. Gracias a Buda, Keiko estaba allí para mantener las cosas a flote: llamaron del país lejano para contarle que Sonia, su mejor amiga, había muerto de un tiro en la cabeza, después de que unos asaltantes tomaron su apartamento en Prados del Este. *Prados del Este*, pensó la señora Mansfield, *allí vivimos por muchos años*. A Sonia le abrieron las piernas y contaron hasta cien mientras gritaba. Después le dispararon y se llevaron su gran televisor.

Keiko era una señora muy enérgica, contratada para ayudar con las labores de la casa: entre ellas, enseñarle al niño el nuevo idioma. Sin embargo, con Shadi hablaba en inglés: Keiko había nacido sesenta años

atrás, después de que su madre, una budista, se enamorara de un soldado británico. Cuando la señora Mansfield empezó a llorar en los brazos de su esposo, Keiko tomó a Shadi y lo llevó al patio para tomar el té.

–Keiko, ¿qué es *kitsune-ken*?

–¿De dónde sacaste eso?

–Me lo dijo una niña en el Jardín de Koan.

–Es como *Piedra, papel o tijera*. Pero no deberías jugarlo.

–¿Por qué?

–No me vas a creer si te cuento.

–¿Por qué dices eso?

–Los occidentales *creen* de otra manera. Tu madre tiene una medalla del Arcángel Miguel pero nunca lo ha visto. Y si llegara a verlo seguro que se asustaría hasta morir.

–Dime qué es *kitsune-ken*.

–¿Cómo era la niña?

–Era bonita. Dijo que se llamaba zorro.

–Eso no está bien. Los Kitsune hace tiempo se fueron de Hokusai. Además, nunca hay un Kitsune transformado en alguien tan joven.

–No entiendo.

–*Kitsune-ken* significa *puño del zorro*. Se juega con las tres posiciones de la mano: el jefe de villa la gana al cazador por su rango y el cazador al zorro porque le dispara. Pero el zorro le gana al jefe de villa porque lo embruja.

–Ella me dijo...

–Esto no está bien. ¿Con quién estaba la pequeña?

–Sola. Dijo que Inari había dejado ir a su mamá.

–Eso no está bien. Dime algo, ¿tenían trenzas sus zapatos?

–No.

–Ya veo. Entonces se trata de un *Yurei*: así le dicen aquí a los fantasmas.

–No entiendo, Keiko.

–Óyeme con atención: un Kitsune no es un fantasma. Y debes saber esto muy bien, Shadi. Quizás estés en peligro. Un Kitsune es un espíritu, un *Yokai*, algo que siempre fue energía pura, bella –si quieres decirlo así; no como los fantasmas que al principio fueron sangre y después se murieron. Además, los Kitsune tampoco son muy diferentes de los zorros comunes, salvo porque a veces se transforman en humanos. Especialmente en mujeres que se casan con mortales. Así que me temo que esta *Zashiki-Warashi* quiere embrujarte, haciéndose pasar por un servidor del Señor Inari.

–¿Quién es Inari? ¿Qué es un *Zashiki-no-sé-qué-cosa*?

–Inari es el dios shinto de la fertilidad, el arroz y los zorros. Un *Zashiki-Warashi* es un niño fantasma: suelen habitar las casas y pedir mucha atención. Las niñas son más comunes. Quizás antes en el Jardín de Koan hubo una aldea donde ella vivía.

–No entiendo. En mi país no pasan estas cosas.

–Tu país es muy joven y está lejos.

–Yo no tengo miedo. ¿Cómo una niña me va a embrujar?

–No es una niña, Shadi.

–Bueno, Keiko. Ya me tengo que ir a dormir.

V

Mentía al decir que no estaba asustado. ¡Estaba muy asustado! ¡Estaba lejos de casa! Nunca había escuchado algo como eso: en su país los muertos silbaban en el monte o castigaban a los hombres infieles, pero no eran niños. En todo caso, Caracas ya no tenía espacio para fabular sobre la muerte que entraba a las casas o se sentaba en los tribunales después de contar hasta cien. Pero Kitsune era la única persona en Hokusai que no

lo había mirado con esa curiosidad pastosa y displicente: no podía menos que gustarle su aparición. Intentó dormir, pero su nombre y su pelo negro se enterraban en su carne.

El invierno rugió como un felino malo. A las dos de la madrugada, la señora Mansfield se metió en la cama de su hijo con las manos frías y los senos temblorosos. Lloraba, pero Shadi se hizo el dormido. Sabía que ella sólo deseaba abrazarlo.

## VI

Miércoles. Shadi salió muy triste del colegio. Tuvo su primera exposición en japonés y cometió veinticinco errores. La señorita Yoshitoshi, sin embargo, le ofreció una semana para preparar de nuevo su discurso. Michael Firth y Jules Grant, ambos de Inglaterra y con un dominio extraordinario del idioma local, no paraban de burlarse de los esfuerzos de Shadi que aún no rendían frutos.

Mentiría si dijera que no tuvo miedo cuando cruzó el portón del Jardín del Koan, si de repente le pareció que el cielo era más hostil con los pájaros que surcaban el vacío con un vuelo incurable, sin canto ni bitácora. El mismo grupo de señoras del día anterior estaba disperso entre los bancos y la visión de la nieve sobre las ramas, cada una sumida en sus ancestros.

Shadi caminó entre los pinos rojos. Tenía una libreta de dibujos en la que practicaba el silabario, aunque había notado que con los *kanji* le iba mucho mejor. Se agotaba el tiempo, pronto tendría que volver a casa. Entonces vio las huellas. Se dirigían más allá de los pinos rojos, detrás de un trío de abedules. Las huellas eran grises y diminutas. Las siguió. El olor de la ceniza hizo un gesto triunfal.

—¿Eres un *yurei* o un *yokai*? —preguntó, pero nadie respondió. Se dio cuenta de que estaba muy lejos de la cerca que separaba al jardín principal del resto del complejo. Una mano helada le tocó la frente.

—Si me dejas ir contigo, Inari me hará su servidora —dijo Kitsune en voz baja, acercando su rostro al de Shadi. —Me convertiré en un zorro blanco: tendré el poder de ahuyentar el mal; cuidaré tu alma y la de tus seres queridos. Nunca te quedarás sin buenos presagios. Tú eres sólo un pájaro y no sabes cómo cuidar el arroz y las cosas de la tierra. Pasas mucho tiempo en el aire.

—Yo no hago nada en el aire.

—Sí que lo haces. Te haces el dormido cuando tu mamá llora.

—Mentira.

—Te escuché. Puedo escuchar lo que piensas si así lo deseas.

Shadi se sentó sobre un peñasco, tratando de calentarse las manos con su aliento.

—¿Cómo te moriste? —preguntó en japonés.

—Cuando Hokusai era blanca y mis padres reinaban en el prado, me caí en un pozo persiguiendo a un zorro. Me rompí todos los huesos porque el pozo estaba vacío. Podía oír los pájaros en la distancia mientras me moría y el zorro seguía huyendo.

—¿Entonces por qué quieres ser un zorro? El zorro tuvo la culpa.

—¿Nunca amaste nada en tu país?

—En mi país no hay zorros.

—Lo lamento.

—No lo lamentes. Tampoco hay dioses para el arroz.

—Me tienes que llevar a tu casa, *Tori no nakigoe*.

—¿Cómo hago eso?

—Esta noche debes escribirle una carta Inari. Pídele que me deje ir contigo en su nombre. Dile que puedo ser un buen zorro. Al amanecer, antes de ir al colegio, deja la carta en el santuario de Fushimi Inari, en la calle Ko-kitsune-maru, y quema una *ofuda*. Luego podrás venir por mí.

—¿Qué le voy a decir a mis padres?

—Ellos no lo notarán. Pero tienes que decirle al señor con alas que vive en tu casa que no me moleste y me deje pasar.

—¿Qué señor con alas?

- El señor con alas que está detrás de tu mamá.
- No sé de qué hablas.
- Un grano a la vez, *Tori no nakigoe*. Ahora debes regresar a casa.

## VII

A Shadi no le gustaba comer tofu ni daikon. Mucho menos el caldo daishi que Keiko insistía en servir cada noche. Pero había leído que a los zorros, desde la era Heian, siempre les había gustado el tofu. Eso lo hizo sonreír y abandonar la mesa. Las noticias que llegaban de Caracas distraían a los señores Mansfield, por lo que ni siquiera notaron que el hijo había dejado la cena íntegra en el plato.

- Dicen que planean matarlo.
- Pero si lo matan será peor, ¿no crees?
- Quizás. Pero muerto desenfundará menos dinero.
- ¿Y tú querrías volver después de eso, Thomas?
- ¿Qué sería mejor para Shadi? Esa es mi única preocupación.
- Habrá que esperar a que llegue la primavera a Hokusai para ver qué dice. Ya sabes cómo son los niños.

Shadi suspiraba de cansancio, no sabía si escribir la carta en japonés o en español. Estuvo un rato dando vueltas por la habitación, siguiendo el curso de una arañita a través del biombo que imitaba un diseño de Ogata Korin, mientras cavilaba sobre el asunto. Asumió que como dios, seguramente Inari podría entender cualquier seña. Prendió su lámpara y puso manos a la obra.

*Estimado Señor Inari:*

*Como usted sabrá, mi nombre es Shadiya Mansfield Tarabay. Llegué a Hokusai durante el otoño porque a mi papá lo iban a matar. Han sido meses muy extraños. Yo nunca pensé que llegaría a este lugar, ni siquiera sabía que era una isla. Es difícil, como podrá imaginarlo. En mi país las islas siempre son calientes. Y no hay zorros. Y si le escribo, es precisamente porque un zorro me lo ha pedido.*

*Kitsune es una niña, en realidad. Está muerta y me cuesta decirlo. Se cayó a un pozo y se rompió los huesos. Según Keiko, mi amiga Kitsune es un Yurei y según Keiko los Yurei hacen cosas malas. No sé, no me consta, sólo tengo dos estaciones en este lugar. Pero creo que sería justo si la recompensara convirtiéndola en un Yokai. A mí me haría muy feliz si una niña o un zorro cuidara nuestra residencia. Mi mamá dice que si la situación no cambia en Caracas, es probable que lleguen hasta aquí y maten a mi papá. Eso sería terrible también, como cuando uno cae a un pozo vacío. Entonces creo que un Kitsune sería muy útil en nuestra situación. Debo confesar que a mí me gustaría que ella siguiera pareciendo una niña, pero si su deseo es convertirse en zorro, entonces no me puedo oponer. Así, por favor, conviértala en su sirvienta. Póngale las nueve colas y yo me ocuparé de que tenga suficiente tofu.*

*No sé todavía cómo avisarle al señor de las alas que la deje entrar. ¿A quién se refiere? Bueno, yo no creo que exista. Así que supongo no será mayor problema. Ah, y por favor, ayúdeme con mi escritura kana, todavía me cuesta recordarlo todo.*

*Con mi respeto,  
S.*

## VIII

Shadi se despertó con buen ánimo y devoró el desayuno.

- Pareces contento, Shadiya –dijo su madre.
- Sí, estoy contento. Hoy iré a un santuario. Pero necesito saber qué es una *ofuda*.
- Pregúntale a Keiko –dijo la señora Mansfield. Pero Keiko había salido muy temprano para hacer las compras.
- Entonces le preguntaré a papá –resolvió, pero el señor Mansfield aún no había despertado. Eso no

impidió que el niño entrara a la habitación.

–Papá, ¿por qué no te has despertado?

–Ya me desperté, pero no me siento bien. Además, hoy no tengo clases.

–¿Podrías decirme qué es una *ofuda*?

–Es una escritura shintoísta santificada, sobre papel o madera. Puede tratarse del nombre de un *kami* o de una frase piadosa. En la entrada de la casa hay una, en la tablilla con musguito. ¿Por qué quieres saber?

–Sólo quería saber.

–No te he preguntado: ¿te gusta estar aquí?

–Un poco. Esta gente cree en los zorros. Y todo es muy limpio, además, y mamá me deja ir solo hasta el colegio.

–Entonces no quisieras regresar a Caracas.

–No quiero que hablemos de eso, papá. Ya me tengo que ir.

–Está bien. Acércate.

Shadi se acercó. Pensó que el señor Mansfield le pediría un beso de despedida. Pero en lugar de ello, sacó una *ofuda* del cajón y se la dio. Le dijo que se la habían regalado la primera vez que visitó Hokusai, cuando tenía diecisiete años y su padre vendía dulces.

–¿Quién te la dio?

–Una muchacha, en el santuario de Fushimi Inari. Dicen que es bueno tener una. Cuídala.

–Cuídate tú también.

–Vete entonces, Shadiya. No hables con extraños.

Una mañana de invierno. No era su lugar preferido en el mundo. La palabra “imperio” empezaba a surgir desde su interior, pero también era posible que con esa palabra se sembraran ruinas en el día. Supuso que si faltaba a la escuela no habría problemas. En Caracas ningún profesor llamaba a casa si un niño no iba a clases una vez. ¡No puede ser que aquí todo sea perfecto!, se dijo, patrocinándose la travesura. En verdad tenía muchas ganas de ir al santuario y encontrarse con Kitsune.

Tenía que ver sus ojos rasgados y su cabello negro por última vez, antes de que Inari la convirtiera en un *vulpes vulpes japonica* de poderes mágicos.

En el santuario había tres personas: el encargado, vestido para la ocasión, y dos occidentales que fotografiaban las estatuas. En un japonés torpe y cariñoso, Shadi preguntó dónde podía dejar una carta para el señor Inari. El monje-o-lo-que-fuera pensó que se trataba de una broma. Shadi insistió en que era muy importante y que por favor le dijera qué hacer.

La puedes enterrar allá atrás, dijo.

Shadi abrió la zanja entre la nieve y la tierra. Supuso que debía hacer una oración, pero quedó exánime. Espero, señor Inari, que no le moleste si me hago la señal de la cruz: es lo único que sé hacer. Espero que usted tenga un oído mejor que el de nuestro señor Jesucristo, mucho mejor que el de sus clavos y sus apóstoles. Rezar es una distracción que se hace en voz baja y de donde vengo uno no puede distraerse sólo porque sí. ¿Sabe usted, señor Inari, lo que le pasó al papá de mi amigo Antonio? Lo encerraron en un calabozo porque dijo cómo funciona un lanzallamas. Y a mí no me gusta la idea de que el papá de Antonio, ahora que tiene tiempo de sobra en un calabozo, tenga que rezar. Señor Inari, eso es como caerse en un pozo vacío. Qué bueno que usted no tiene que visitar mi país. Maldito, maldito, maldito, supongo que usted no se ofende si digo maldito, mi país es un maldito país maldito.

Shadi sacó de su bolsillo la hermosa *ofuda* que le había regalado su padre. Pensó que debía conservarla, pero también pensó que ésta era una situación extraordinaria. Cuando se acercó al fuego para completar la misión que le había impuesto Kitsune, el monje-o-lo-que-fuera lo zarandeó por los brazos y le dijo:

–¿Qué piensas hacer?

–Tengo que quemarla.

–Si quemas una *ofuda* podrías perderlo todo.

—No sé de qué habla.

—Estúpidos americanos. Creen que aquí todo es como en las revistas. ¡Lárgate!

Pero Shadi, que era paciente y testarudo en aquel entonces, esperó que el monje se distrajera y volvió al altar donde el fuego estaba encendido. Quemó el papel y pensó en Kitsune.

De pronto el sol brilló sobre la ciudad *de* Hokusai.

IX

Y esa fue la última vez que Shadi sintió el sol y la nieve contra sus pómulos. Una noticia estremecería durante semanas a la gran ciudad: un muchacho entró al Jardín de Koan, acribillando a ocho personas: entre ellos, a un niño extranjero de diez años que había faltado a clases ese día.

Los señores Mansfield y Keiko asistieron, bajo el deshielo repentino, a un funeral en el cementerio católico de la calle Inukai. Shadi, por supuesto, tenía una visión privilegiada de los acontecimientos. Sostenía la mano de su madre que lloraba desconsolada en los brazos de su esposo. No tenía ninguna pregunta que hacer al respecto, hasta que Kitsune apareció con un kimono blanco, ocultando sus pies, tal como reza la tradición de los fantasmas orientales:

—No tenía que haber quemado la *ofuda*, ¿verdad?

—Todo fue por tu bien.

—¿Mi bien?

—Nunca hubieses sido feliz entre los vivos de esta isla.

—¿Y ahora?

—Podremos vivir en el jardín y un día alguien traerá un zorro.

—¿Por qué no hacemos algo mejor? Podríamos ir a mi casa. Papá y mamá no piensan irse.

X

A Kitsune la sedujo la idea de un hogar. Contaba más de cien inviernos sin el resplandor del fuego nocturno, sin los pasos ligeros de una madre haciendo las tareas calladamente. Caminaron. Si alguien hubiese visto la escena, habría muerto de dolor: tal belleza bajo el cielo *de* Hokusai, una mañana índigo de invierno. Los árboles desnudos como hombres heridos en batalla; el sol, apenas tenue entre la bruma; el aire seco, jugando con el fantasma de las hojas. Dos seres con corazón de agua y niebla a merced de la calle, y sin embargo, intocables y altivos, soportando la herencia de un universo desconocido por todos, pero presentido a media madrugada, cuando la gente respetaba el silencio de la oscuridad.

Los señores Mansfield entraron primero. Ella se desplomó en el jardín y se llenó el rostro de tierra humedecida. Su marido no decía nada. Estaba en un rincón buscando unas palabras que alguien había borrado a fuerza de arañazos sobre una tablilla de madera. Keiko oraba: tampoco iba a perder la compostura, tan bien como supo desde el principio de su vida que las palabras no sirven al respecto. La palabra destino se dice destino, pero en nada remedia los desmanes de su canto ni la pérvida lentitud con que algunas lenguas la pronuncian.

Cuando Shadi y Kitsune cruzaron el portón, el cielo oscureció con más prisa que la acostumbrada en ese recodo del año. Algo aterró a Kitsune, de la misma manera que el zorro del bosque se despierta frente a la ira del cazador.

—Tú querías proteger mi casa. ¿Por qué no entras?

—Sólo quería que te murieras y te quedaras conmigo.

—No tengas miedo, pequeño zorro, ven.

Entonces Kitsune lo vio, de pie al lado de la señora Mansfield que lloraba con la boca llena de tierra. Sacó su espada y se elevó. Sus alas eran la revelación más antigua del misterio de la luz: nadie, nunca antes, había visto en Hokusai semejante monstruo, un astro invencible entre los mortales, como una canción que guardaba en su vientre el verdadero nombre de una ciudad. Así, con un vahído, las alas se cerraron y convirtieron en zorro a la niña que desde hacía más de cien años caminaba sola por los jardines de Hokusai.

Shadi sonrió satisfecho, después hizo una reverencia. Esperaría la llegada de la primavera para mostrarle a su Kitsune con pelaje de fuego cómo los pájaros cantaban entre las flores.